



Recibido: mayo, 2022
 Aceptado: junio, 2022
 Publicado: julio, 2022

Montoya Huamaní, S. (2021). *Aníbal Quijano reconstrucción de su vida y obra (1949-1968)*. Tomo I. Heraldos Editores. ISBN: 978-612-47831-7-3, 206P.

Este trabajo está depositado en Zenodo:
 DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.6918246>

Cita sugerida (APA, séptima edición)

Jara Townsend, G. (2022). Montoya Huamaní, S. (2021). *Aníbal Quijano reconstrucción de su vida y obra (1949-1968)*. Tomo I. Heraldos editores. ISBN: 978-612-47831-7-3, 206P. *Disenso. Crítica y Reflexión Latinoamericana*, 5(1), 93-96.

La cantidad de intelectuales significativos que tiene Perú y que se integran dentro del canon del pensamiento latinoamericano es sumamente relevante. Desde González Prada, José Carlos Mariátegui, Virgilio Roel P., Augusto Salazar Bondy, Antenor Orrego, David Sobrevilla, Hugo Blanco, hasta poetas universales como César Vallejo y César Moro. Estos son algunos de los escritores que podemos nombrar dentro de este complejo país donde se han hecho presentes diversas manifestaciones del más puro barroquismo de nuestro continente. Es un lugar del mundo en donde ninguna cultura sobra, sino que en él se integran de manera compleja y viva, la oriental, la africana, la india y europea. Y Sus pensadores tienen esta misma complejidad, tanto en lo humano como en lo intelectual y, a la vez, sumándole una geografía que atraviesa múltiples paisajes y condiciones de vida, como lo es la costa, la sierra y la profunda selva amazónica.

Todo lo dicho anteriormente demuestra que se vuelve agradable la reflexión sobre la zona peruana, puesto que en un aspecto es difícil de entender y, al mismo tiempo, complejo tratar de categorizarla, es como nos dice José Lezama Lima: “solo lo difícil es estimulante”. El estilo ensayístico de los autores peruanos y su afinidad con la literatura es algo que nos habla de un pensamiento siempre en movimiento, abierto hacia un mundo creador. Características que sobresalen en frente al resto de los latinoamericanos.

Existen editoriales que se han dedicado a profundizar en este complejo pensamiento, siendo una de ellas Heraldos Editores, la cual se ha dedicado a entregar distintos materiales para la investigación de estos intelectuales propios del Perú. Dora Mayer, José Carlos Mariátegui, César Vallejo, Augusto Salazar Bondy, Miguelina Acosta Cárdenas, Edgar Montiel y el de nuestro interés el día de hoy, Aníbal Quijano. Acerca de este último autor se encuentra el título *Aníbal Quijano reconstrucción de su vida y obra (1948-1968)*, que es escrito por el filósofo Segundo Montoya Huamaní. Este libro es solo el comienzo

de una obra mayor, la cual, constará de un par de volúmenes más, los cuales esperamos que salgan a la luz prontamente.

Centrándonos en esta última obra de Montoya, se visualiza un intento exhaustivo de recolección y de sistematización del trabajo Quijano por parte del autor. Entrevistas, recolección de textos y discusiones con los comentaristas más relevantes se muestran de manera activa dentro del volumen, propiciando que el lector se sienta verdaderamente guiado por un especialista en la obra de Quijano. Entre sus páginas se siente la seguridad de saber que se tiene entre manos una investigación completamente novedosa y útil para la profundización sobre el sociólogo peruano. Es notorio el trabajo riguroso del autor en la organización de datos que, según él mismo, comienza algunos años atrás, gracias a un pendrive que llega a su poder por manos de su colega, amigo y prologuista del texto Víctor Hugo Pacheco.

Me quiero detener y resaltar la forma de trabajo de Montoya, que implica una potencia interdisciplinaria, marcada por su educación base, la filosofía, pero sin que esta última sobresalga de manera explícita. El autor sabe que se está introduciendo en algo complejo. Tiene conciencia que la mayoría de las veces estas reflexiones situadas en el continente son de poca atención para la academia. Sin embargo, el texto pone en relieve el pensamiento de “nuestra América”, que para muchos tiene menos valor que el de un Heidegger, Jasper, Nietzsche o un Foucault.

En su trabajo, el profesor Montoya se posiciona fuera del “purismo filosófico” y, al mismo tiempo, alejado de toda “secta filosófica”. Purismo y Sectarismo es el inicio de la detención y el principio de la desvalorización del pensamiento. Estas dos nociones recuerdan siempre esa idea de Platón que se interpretan de manera conservadora y, que a los fascistas les encanta recitar, de que el alma, como el Estado, debe estar dividido y que cada una de esas divisiones debe dedicarse a su espacio, a su tema, a lo que le incumbe; los filósofos a filosofar, los matemáticos a los números, los artesanos a sus artesanías, los comerciantes a hacer comercio, etc. Montoya logra superar esta idea y decide atravesar distintas formas de comprensión del mundo. El autor nos comenta que su investigación no es la búsqueda de una filosofía pura, sino que, más bien, el encuentro con “discursos atravesados por múltiples discursos” (2021, p.25), que se manifiestan en él, escapando así de la santificación disciplinar, que para él no ha dispuesto ningún favor al pensamiento dentro del continente. Esta negación que se manifiesta en su inicio es lo que hace que el texto ya no sea un refrito de lo antiguo, sino que una investigación que pretende encontrar y poner en cuestión al autor y su entorno más inmediato. El profesor Montoya apunta por la interdisciplinaria, por ir en contra del eurocentrismo, optando por el pensamiento crítico peruano y latinoamericano, para lograr construir su investigación y poder llegar a nuevos lugares. Salazar Bondy, Gustavo Gutiérrez y Aníbal Quijano se convertirán en sus compañeros de viaje durante esta obra y le permitirán crear un método y un pensamiento situado.

El primer paso de Montoya será la propuesta de periodización de la obra del primer Quijano. Etapas que -según el autor- no deben ser entendidas como rupturas epistemológicas, sino como “desplazamientos epistemológicos” (2021, p. 45). La idea de “rupturas” de pensamiento siempre es una fascinación para algunos biógrafos y autores que buscan en un personaje la trayectoria lineal y ascendente de su pensar; sin embargo, lo que quiere llevar a cabo Montoya es una investigación dentro de la totalidad, asumiendo

que la vida es una y que esta no es una negación de sí misma, sino que un desplazarse por ella, deviniendo de manera consciente. La mente humana no tiene rupturas, ya que convivimos con la memoria y su profundidad, la cual nos permite intuir sobre lo nuevo, crear y construir mundos. Pero pese a lo anterior, Montoya decide categorizar el pensamiento de Quijano (1948-1968): “pensamientos no escritos”, “sociología de la sospecha” y “sociología culturalista”. Etapas que guardan relación con todas las vicisitudes, tanto nacionales como internacionales, que repercuten en el sociólogo peruano. Es el escenario-histórico social que se convierte en base de todo el pensamiento de Quijano. Montoya se percata que la historia y el sujeto que transita por ella son partes de una totalidad indivisible. Para el autor, Quijano es, “continuidad, coexistencia, relevo, recambio, agotamiento gradual” (2021: 41). En Quijano las nociones que se manifiestan durante su trayecto vital reaparecen en contextos distintos, vale decir, se desplazan. Montoya no cae en quiebres, sino que en una capacidad de poder ver al autor como una totalidad dinámica.

Por otro lado, Montoya profundiza en una de las influencias más relevantes que existe en Quijano y en muchos intelectuales peruanos de izquierda. En el país de los inkas, José Carlos Mariátegui atraviesa a la mayoría de los pensadores que han postulado la creación de lo nuevo dentro del continente y, al parecer, en Quijano esto no es una excepción. Según Montoya, esta influencia viene de su padre, que no solo leía a Haya de la Torre, sino que también al autor de los *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, posibilitando una temprana sensibilidad política antioligárquica en el sociólogo. Esta cuestión es de mi interés resaltar, ya que, para Montoya, el pensamiento “mariateguiano” se manifiesta, no en una etapa en particular, sino que en todo su “corpus argumental”. Para esto, busca las referencias en una cantidad de citas significativas que hace Quijano, llegando a la conclusión que, al parecer, Mariátegui es la condensación del pensamiento crítico latinoamericano. Su marxismo ayuda a Quijano a interpretar el continente, que se manifiesta, “en la conciencia histórica del ser latinoamericano”. Mariátegui nuevamente es nuestra base crítica a nivel continental, su interpretación de la realidad peruana al parecer es la interpretación de todo el continente. Fenómeno que, para Montoya, logra comprender Quijano. Para Mariátegui, Latinoamérica no puede constituirse solo desde la razón, sino también desde el mito. Cuestión que Quijano recibe y establece como base crítica durante toda su existencia. No se debe dejar de lado que conoce el marxismo por medio de Mariátegui, sin tampoco olvidar su solapada militancia aprista, que fue del año 47 al 50. Salir del aprismo no fue brutal ni traumático para el autor, ya que, como señala Montoya, Quijano siempre estuvo en el ala izquierda del mismo, y su retiro fue con “discreción y reservas”, puesto que ni siquiera existió una carta de renuncia que podría llevar a una interpretación de un quiebre escandaloso. El APRA es una organización que está centrada en un proyecto que aglutinaba distintas ideologías dentro de él. Eso lo volvía una estructura política heterogénea, Quijano da su giro al marxismo en los años 50 sin problemas gracias a esta última característica del aprismo.

Sus ideas acerca del marxismo fueron netamente mariateguianas en una primera instancia. No fue un duro estalinista, ni tampoco un fanático trotskista como se le acusaba. La prueba más significativa a este problema es el trabajo de recopilación de textos sobre el Amauta por parte de Quijano, publicados como antología en 1956, demostrando su alto interés por Mariátegui, que por cualquier otro autor marxista avalado por la Internacional Comunista. Por medio de esto, Quijano demuestra la importancia

de Mariátegui dentro de su propia operación teórica e intelectual. Para Montoya, estos textos son prueba también del deslucimiento epistemológico de Quijano, en relación con su criterio temático y su presupuesto epistemológico. Desde aquí podemos señalar que Quijano fue un “herético” al igual que Mariátegui.

Quijano interpreta la realidad de la región desde la hegemonía estadounidense, identificando con ella la formación de una “falsa conciencia”. Esto es un elemento importante al momento de pensar en Quijano como “sociólogo” y como “crítico” también a esa misma disciplina. A partir de aquello es que Montoya resalta en su texto la presencia de “la sospecha” en Quijano: poner en duda lo que nos entrega el pensamiento hegemónico, que los centros geopolíticos no lo son todo, y que hay que pensar nuestra condición de periferia para así poder destruirla. Quijano no aceptaba un centro hegemónico, no deseaba que todo partiera en Latinoamérica como que tampoco fuera de ella. Es evidente que postulaba a una construcción no mecánica de la sociedad, al desplazamiento de todos lados que nace de una totalidad social.

Para concluir, podemos decir que el texto tiene una gran fuerza investigativa y es verdaderamente una herramienta para posteriores investigaciones sobre la obra de Quijano. Este “primer Quijano” que nos muestra Montoya, posee múltiples discursos que se hacen presentes a lo largo de sus 20 primeros años como intelectual, donde se mezcla el marxismo, Mariátegui, la sociología, literatura, la filosofía y la historia, teniendo como fin último comprender el continente, fuera de los artilugios de las ciencias sociales oficiales y reconstruir el pensar propio de América sin centrarse solamente en ellas.

Autor:

Gonzalo Jara Townsend

E-mail: ga_jaratownsend@hotmail.com

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-3086-0891>

Universidad de Chile, Chile